

## EL CUADRO

Hace ya dos días que no duermo. No recuerdo muy bien cuándo empezó todo, pero recuerdo muy bien el cómo.

Hacía sol, pero mis amigos se empeñaron en que teníamos que pasar el día viendo las nuevas exposiciones en el museo del Prado. No es que no me gustara la cultura, si no que no me parecía buena idea que unos chicos jóvenes, como nosotros, malgastásemos el día viendo bodegones. A pesar de mi insistencia, la decisión estaba tomada. En vez de tomar el sol en una terracita junto a una cerveza, nos pasaríamos el día en el Prado.

Cuando acepté la situación, ya nos encontrábamos dentro del recinto buscando las salas en las que estaban los cuadros que queríamos contemplar. No tardamos mucho tiempo en separarnos en grupos, ya que no todos queríamos ver las mismas cosas.

Quizá llevábamos dos o tres horas viendo cuadro tras cuadro, no lo recuerdo, sólo sé que ya estaba cansada, los pies me ardían y ya todos los cuadros me parecían iguales, sólo podía pensar en tomar mi cerveza fresca en una terraza antes de que se pusiese el sol.

Tenía que haberme marchado en aquel momento, pero un impulso irresistible me hizo asomar la cabeza en la última sala. Al entrar, la vi, allí estaba, lo habían colocado en el centro para que cuando se accediera a la habitación fuese lo primero que se mirara. Estaba lleno de vivos colores, habría llamado la atención aunque hubiese estado ubicado en otro lugar. Me extrañó que nadie en la sala estuviese contemplándolo. Me acerqué para ver qué cuadro era, pero no había nada, aquél cuadro no tenía explicación. Ni siquiera los empleados del museo, a los que pregunté, supieron decirme nada salvo que era una pieza nueva.

Un poco decepcionada, me senté en el banco que había enfrente para contemplar aquella estampa. La escena era de un gran baile en un amplio salón lleno de lámparas de cristal, cuya luz le daba una gran vivacidad al cuadro. Ésto, unido a los amplios y coloridos vestidos de las mujeres, hacía que no quisiese apartar la vista. Caras alegres, música y baile, todo formaba un conjunto de gran movilidad. Había personas entregadas a la música, personajes sentados esperando su

turno, todos colocados en su sitio, todo parecía estar en armonía, todo menos ella.

No sé cómo no me había fijado antes. En la esquina inferior derecha del cuadro, había una figura que no parecía formar parte de toda aquella algarabía. Estaba de pie, y daba la impresión de dirigir su cuerpo al espectador. No quedaba claro porque la figura no estaba terminada. Más que un personaje parecía una sombra, inconclusa y sola.

Fue verla y sentir una necesidad desmedida de saber qué era, quién era o qué hacía allí. ¿Por qué no estará acabada?, ¿el pintor decidió dejarla así o no pudo acabarla?, ¿sería alguien especial?, ¿y por qué aparece sola y distante de la fiesta? Las preguntas se agolpaban en mi cabeza hasta el punto de llegar a sentir un nudo en el pecho ante la ausencia de repuestas. Con esta ansiedad, me di cuenta de que estaban cerrando el museo. ¡No puede ser! ¡Todavía no! ¿Cómo podía irme sin saber más sobre aquella figura?

Despisté a mis amigos diciéndoles que antes de salir iba a pasar por el servicio y que no me esperaran. Sorprendiéndome a mi misma por lo que estaba haciendo y por lo fácil que me resultó, logré quedarme encerrada en el museo. Ahora podría ir a los archivos a buscar información sobre aquel cuadro o, mejor, podría contemplarla durante toda la noche. ¡No podía creer lo que acababa de hacer o lo que estaba pasando! Se me pasó por la cabeza llamar y dar a conocer mi situación, pero cuando posé de nuevo los ojos sobre ella, se me olvidó todo. Me atraía tanto que no podía apartar los ojos de aquella sombra, me hipnotizaba. De repente, sentí como si mi cuerpo hubiese dejado de existir, mi mundo dejó de existir para contemplarla a ella.

Cuando me desperté, vi la sala frente a mí, los demás cuadros, la gente, un banco delante de mí (o para no repetir, sin "de mí": un banco enfrente...), y una mujer. Una mujer muy anciana que tenía los ojos fijos en mí, no podía apartarlos. Dos guardias intentaban llevársela de allí mientras comentaban que debió quedarse encerrada toda la noche y que parecía tener una demencia, no hablaba, casi no se movía. Me dio pena la pobre mujer, podría decirse que me reconozco en sus ojos, ojos sin vida, sin pensamientos, estoy cansada, esa música, esa música constante, en un baile sin fin que no me deja dormir, hace ya dos días que no duermo.